

tan: *Sed qui consolatur humiles, consolatus est nos Deus* (ibid. 6); «pero Dios, que consuela á los humildes y á los afligidos, nos ha consolado:» y hé aquí que Dios, calmando las olas, restituye al alma la tranquilidad que no tenia. Otras veces el Señor deja murmurar á las olas y permite que se levanten con una furia impetuosa, y el navío, empujado con violencia, se ve amenazado de un próximo naufragio. Pedro, que camina sobre las aguas, teme sepultarse en sus abismos; sin embargo, Jesucristo conduce el navío y da la mano á Pedro, que tiembla de miedo, para sostenerle. Del mismo modo, en los dolores violentos, el alma se ve de tal modo turbada, que parece que va pronto á sepultarse: *Gravati sumus supra virtutem*, (Ibid. 1, 8). «La pesadez de los males que nos han agobiado ha sido excesiva y superior á nuestras fuerzas.» Sin embargo, Jesucristo sostiene el alma de tal modo, que los vientos y las tempestades no pueden arrastrarla; y hé aquí el segundo medio de que os he hablado antes. Finalmente, el último de que se vale el Salvador para dominar los mares, el mas noble, el mas glorioso, es cuando, dando rienda á las tempestades, permite á los vientos agitar las olas, y levantarlas hasta el cielo: sin embargo, esta tempestad no le intimida; por el contrario, camina sobre ella con una seguridad maravillosa; y hollando con sus piés las irritadas olas, parece que se gloria en desafiar á ese elemento indomable, aun en medio de su mayor furia. Pues bien, del mismo modo da rienda suelta al dolor, y le deja obrar con toda su fuerza; «á fin de que nosotros no pongamos nuestra confianza en nosotros mismos, sino en el Dios que resucita á los muertos:» *Ut non simus fidentes in nobis, sed in Deo qui suscitavit mortuos*, (Ibid. 9). Entre tanto la constancia, siempre segura en medio de ese ruido y de ese tumulto, camina con paso firme y tranquilo sobre las olas vanamente irritadas, las cuales la tocan sin quebrantarla, y se ven obligadas, contra su naturaleza, á servirle de sosten; tal es el tercer medio que emplea Jesucristo para vencer las aflicciones.

21. Figuraos ahora, cristianos, que habeis visto una imagen de lo que sufre la santísima Virgen, al contemplar á Jesucristo moribundo. Cierto es que la tristeza levanta con horrible ímpetu sus alas, las cuales parecen unas veces amenazar al cielo, atacando la constancia de esa Virgen Madre con los mas terribles dolores, y otras penetra en lo interior de los abismos, cuando sus ojos no descubren mas que los horrores de la muerte; pero no creais que por eso se turbe. María no quiere que cesen sus dolores, porque ellos la ha-

cen semejante á su Hijo: no pone límites á su afliccion, porque no puede dominar su amor: no quiere ser consolada, porque su Hijo no encuentra quien le consuele: no os pide, ó eterno Padre, que modereis su tristeza: no se cuida de demandaros ese auxilio, ni aun en el momento en que ve vuestra cólera tan fuertemente declarada contra vuestro Hijo, que la obliga á quejarse de que Vos mismo le abandonais. No, María no quiere ser tratada mejor que Jesucristo; sino padecer tanto, que pueda decir, como él, que todas las olas de vuestra ira han pasado sobre ella (*Psalm. xli, 8*): no quiere perder una gota de esas olas, y sentiria no sufrir todos los males de su querido Hijo. Pues bien, hermanos míos, que sus dolores se eleven, si es posible, hasta lo infinito; justo es dejarlos crecer: el Espíritu Santo no permitirá por eso que sea quebrantado su templo; porque «ha puesto los cimientos de él en la cumbre de los sagrados montes:» *Fundamenta ejus in montibus sanctis* (ibid. lxxxvi, 1); y las olas no llegarán hasta allí; ni consentirá tampoco que esa fuente purísima, que ha preservado con tanto cuidado de las inmundicias de la corrupcion, se enturbie con el torrente de las aflicciones. Esa elevada parte del alma, en la cual el espíritu de Dios ha establecido su asiento, guardará siempre su serenidad, á pesar de las tempestades que rujan debajo de ella.

22. Si quereis saber la razon de esto, permitid que os descubra en pocas palabras un misterio que podréis meditar detenidamente en estos santos dias. El docto y elocuente san Juan Crisóstomo, considerando al Hijo de Dios próximo á espirar, no se cansa de admirar lo dueño que es de sí mismo en su agonía; y meditando profundamente tan gran verdad, hace esta bella observacion. La víspera de su muerte, dice aquel santo Obispo (*in Joan. hom. lxxxv, t. VIII, p. 505, 506*), Jesucristo suda, tiembla, se estremece; ¡tan terrible le parece la imagen de su suplicio! pero en lo mas intenso de sus dolores, parece transformado de repente, de tal modo que los tormentos no le hacen ninguna mella. Habla tranquilamente y sin conmoverse con aquel bienaventurado ladron; atiende y conoce distintamente á aquellos de los suyos que están al lado de su cruz, y les habla y les consuela; despues recuerda la profecía de que se le prepara aun un brebaje amargo, levanta su voz para pedirle, y le prueba sin conmoverse; finalmente, observando que se habian cumplido todas las profecías, entrega el alma á su Padre, y lo hace de un modo tan libre, tan sereno, tan premeditado, que es fácil conocer

que «nadie se la arranca á la fuerza, sino que la entrega él mismo «por su propia voluntad:» *Nemo tollit eam à me, sed ego pono eam à me ipso.* (Joan. x, 18).

23. ¿Qué quiere decir esto, cristianos? ¿Cómo es que el temor del mal le aflige tanto, cuando parece que el mismo mal no le da ningun cuidado? Sé que podeis responderme que la economía de nuestra salud es una obra de fuerza y de flaqueza. Por eso él quiso mostrar, con su temor, que era sensible como nosotros á los dolores, y hacer ver, con su constancia, que sabia moderar todos sus impulsos, y vencerlos segun la voluntad de su Padre. Esta razon es sin duda muy sólida; pero si sabemos penetrar el fondo del misterio, verémos todavía algo mas sublime en esa conducta de nuestro Salvador. La causa mas probable de que vea el Calvario tan tranquilo, el que el monte de los Olivos vió tan turbado, es porque en la cruz Jesucristo está en el acto mismo de su sacrificio, y ningun otro debe hacerse con un espíritu mas tranquilo que aquel. Tú que asistiendo al santo sacrificio dejas inconsideradamente divagar á tu imaginacion, siguiendo de aquí para allí donde la curiosidad ó la pasion la llevan, detén el curso de esos movimientos. ¡Ah! sin duda no has comprendido todavía bastante lo que es ese sacrificio.

24. El sacrificio de la misa es una accion por la cual rindes á Jesucristo tus homenajes: ahora bien, ¿quién no sabe por experiencia que todas las acciones de respeto exigen un continente tranquilo y reposado? Tal es, por lo menos, el carácter del respeto. Dios, que penetra en el interior de los corazones, cree que faltamos al respeto debido á su majestad, si el alma no se modera arreglando sus movimientos. Por consiguiente, es indudable que el pontífice debe hacer el sacrificio con un espíritu tranquilo; y ese aceite con que se consagra, en el Levítico (*Levit. viii, 12*), ese símbolo sagrado de la paz que derraman en abundancia sobre su cabeza, le advierte que debe llevar la paz en el alma, alejando todos los pensamientos que le distraigan de su práctica, y que la debe tener tambien en el corazon, calmando todos los movimientos que turben su serenidad. ¡Oh Jesús, mi divino Pontífice, sin duda por esta razon es por la que os mostrais tan tranquilo en vuestra agonía! Cierto es que apareceis turbado en el monte de los Olivos; pero, como dice san Agustin, «es una turbacion voluntaria» (*tract. LX in Joan. t. III, part. II, col. 664, 665*), que quisisteis suscitaros Vos mismo. Y ¿por qué razon, cristianos? porque se consideraba como la vic-

tima; queria obrar como la victima; tomaba, si nos es lícito hablar así, la accion y el aspecto de una victima, y se dejaba llevar al altar temblando y lleno de miedo.

25. Pero tan pronto como llega al altar y principia á desempeñar las funciones de sacerdote, luego que ha levantado sus manos inocentes para presentar la victima al cielo irritado, no quiere sentir ya ninguna turbacion, ni demuestra ningun temor; porque el temor parece indicar alguna repugnancia: y aunque sus movimientos dependen de tal modo de su voluntad, que la paz de su alma no está ni en lo mas mínimo turbada, no quiere sufrir la menor apariencia de turbacion; á fin de que comprendais, hermanos míos, que es un Pontífice misericordioso, que, sin esfuerzo ni violencia, con un espíritu tranquilo y un continente reposado, se inmola á sí mismo voluntariamente, impelido por el amor de nuestra salvacion. De aquí proviene ese aspecto tranquilo y apacible que hace que en medio de tantos dolores muera, como dice san Agustin, mas dulcemente (*ibid. CXIX in Joan. n. 6, t. II, part. II, col. 803*) que acostumbremos nosotros á dormirnos.

26. Ved aquí, cristianos, el gran misterio que habia prometido descubrirnos; pero no creais que se haya concluido en la persona de Jesucristo: él inspira el mismo sentimiento á su santísima Madre, porque esta debe tener parte en su sacrificio; debe inmolarsé como su Hijo; y por eso se reprime, como él se mantiene en pié al lado de la cruz, y para demostrar una accion mas deliberada, se ofrece de todo corazon al Padre eterno, á pesar de su dolor para ser la victima de su venganza. Hermanos míos, prestadme vuestra atencion, y venid á aprender en el ejemplo de la Virgen á sacrificar constantemente á Dios todo aquello que os es mas querido. Ved á María al pié de la cruz, que se arranca el corazon, para entregar á su único Hijo á la muerte: ella le ofrece, y no solo una vez, puesto que no ha cesado de hacerlo desde que el buen Simeon la predijo, por mandato de Dios, las extrañas vicisitudes que debia sufrir. Desde entonces, cristianos, María ofrece su Hijo á Dios en todos los momentos de su vida, concluyendo esta oblacion en la cruz. Y ¿con qué resignacion? hé aquí lo que no puedo explicaros: juzgad de ella vosotros mismos por la continuacion de sus acciones y por el Evangelio de este dia.

27. ¡Ah! «vuestro Hijo, dice Simeon á la Virgen (*Luc. II, 34, 35*), «será blanco de los pesares; y vuestra alma, ó Madre divina, será

«atravesada por un cuchillo!» ¡Palabras terribles para una madre! Cierto es que aquel buen anciano no le dijo nada en particular de las persecuciones de su Hijo; pero no creais, cristianos, que quisiera con esto evitarla el dolor de ellas; no, cristianos, no lo creais; aun la aflige mas de este modo; porque, no diciéndole nada en particular, le deja temerle todo. Porque ¿hay cosa mas cruel ni mas horrorosa que esa incertidumbre de un alma amenazada de un gran mal, y que no puede saber lo que es? ¡Ah! esa pobre alma, confusa, atónita, que está amenazada por todos lados, que no ve mas que cuchillos suspendidos sobre su cabeza, que no sabe de qué parte preservarse, sufre en un momento mil muertes. Entonces es cuando su temor, siempre ingenioso para atormentarla, no pudiendo saber su destino, ni el mal que le aguarda, va recorriendo todos los males uno tras otro, hallando su suplicio en todos ellos, y padeciendo, además del dolor que da una prevision segura, toda esa inquietud importuna, toda esa angustia, y toda esa ansiedad que trae consigo la incertidumbre. En tan cruel estado, es en cierto modo un alivio el saber la muerte que nos espera, y san Agustin tiene razon para decir: «que es sin comparacion menos cruel el sufrir una sola muerte, que el temerlas todas á un mismo tiempo:» *Longe satius est unam perpeti moriendo, quam omnes timere vivendo.* (De Civit. Dei, lib. I, cap. 11, t. VII, col. 12).

28. Hé aquí cómo se trata á la divina Virgen. ¡Oh Dios! ¡cuán poco se economiza su dolor! ¡Por qué la herís Vos por tantos lados? que sepa al menos á qué atenerse: ó no la digais nada de su mal, para no atormentarla anticipadamente, ó decidsele todo para evitar al menos la sorpresa que ha de causarle. Pero no sucederá así, cristianos; Dios quiere probarla, y ese mal se lo pronosticarán á María, á fin de que lo sienta mas tiempo; no le dirán lo que es, para no quitar á su dolor la impresion que debe producir en ella la sorpresa del dolor mismo. ¡Oh prevision! ¡oh sorpresa! ¡oh cielos! ¡oh tierra! ¡oh mortales, asombraos de esta constancia! *Obstupescite!* (Jerem. II, 12). Lo que han pronosticado á María hace que lo tema todo y que todo lo sienta. Ved, sin embargo, su tranquilidad: en tal estado, María no pide nada. ¿Qué sucederá? suceda lo que quiera, no murmurará de ello: Dios lo ha querido así, y es preciso que ella tambien lo quiera. El temor de la Virgen no es curioso, su dolor no es impaciente: así es que no se informa del porvenir; suceda lo que quiera, se someterá resignada; no se queja tampoco de lo

presente: Dios lo ha querido, y ella se resolverá á aceptarlo. Ved aquí los dos actos de la resignacion cristiana; prepararse á todo lo que Dios quiera, y resolverse á aceptar todo lo que haga.

29. María, alarmada en su prevision, mira ya á su Hijo como una víctima: le ve todo cubierto de heridas; le contempla en sus mantillas, como si estuviera sepultado; y es para ella, según sus mismas palabras, un haz de mirra que reposa en su seno: *Fasciculus myrrhæ, dilectus meus mihi.* (Cant. I, 12). Y dice que es un haz de mirra, á causa de su muerte, que está siempre presente á sus ojos. ¡Horrible espectáculo para una madre! ¡Oh Dios, exclama María, vuestro es; consiento en todo, hágase vuestra voluntad; y está viendo que le clavan en la cruz! Acabad, ¡oh Padre eterno! ¿falta mi consentimiento para entregar á mi Hijo á la muerte? yo le doy, puesto que así lo quereis; aquí estoy para suscribir á todo; mi accion os hace ver que estoy pronta: descargad sobre mi Hijo vuestra cólera: mas aun, no os contenteis con descargarla sobre él, tomad vuestra cuchilla para traspasar mi alma, desgarrad mis entrañas, arrancadme el corazon, quitándome ese Hijo querido.

30. ¡Ah, hermanos míos! ya no puedo mas. Yo queria exhortaros; María será la que os hablará; ella será la que os diga que no salgais de este lugar, sin dar á Dios el objeto mas querido. ¿Es acaso un esposo, es un hijo? ¡ah! no los perderéis por depositarlos en sus manos; él os volverá ciento por uno. María recibe mas de lo que á Dios entrega. El Señor le volverá pronto ese Hijo querido, y mientras llega ese momento, cristianos, si se le quita por tres dias, le da para consolarla á todos los cristianos por hijos: esta será la conclusion de mi discurso.

*Tercera parte: María está al pié de la cruz, y Jesús le da para consolarla todos los cristianos por hijos.*

31. Al predilecto discípulo de Nuestro Salvador, al querido Hijo de la santísima Virgen, y al primogénito de los hijos que Jesucristo le da en la cruz, es al que le pertenece representaros el misterio de esta maravillosa fecundidad; y así lo hace en el Apocalipsis por medio de una excelente figura. «Apareció, dice, un gran signo en el cielo; una mujer, rodeada del sol, que tenia la luna «á sus piés y la cabeza coronada de estrellas, y daba grandes gritos «durante su parto.» (Apoc. XII, 1). San Agustin nos asegura que esta mujer es la santísima Virgen (*serm. IV de Simp. ad Catec. c. 1,*

t. VI, col. 575), y sería fácil demostrarlo con varias razones convincentes. Pero ¿de qué modo explicaremos ese parto doloroso? ¿No sabemos, cristianos, puesto que es de fe en la Iglesia, que María estuvo exenta de esa comun maldición de todas las madres, y que parió sin dolor, así como concibió sin corrupción? ¿Cómo, pues, explicaremos esas apariencias contrarias?

32. Aquí es donde necesitamos comprender dos clases de parto en María. María parió á Jesucristo, y parió también á los fieles; esto es, parió al inocente y parió á los pecadores: al inocente le parió sin dolores; pero era preciso que pariese á los pecadores entre gritos y dolores; y os convenceréis de ello, si considerais con atención á qué precio los compra. Es preciso que esos hijos le cuesten su Hijo único; ella no puede ser madre de los cristianos, si no entrega su querido Hijo á la muerte: ¡oh dolorosa fecundidad! Pero yo debo hacéroslo comprender, cristianos, recordándoos esta importante verdad: que era la voluntad del eterno Padre que naciesen los hijos adoptivos por la muerte del hijo verdadero. ¡Ah! ¿quién dejará de enternecerse al ver tan sublime espectáculo?

33. Es indudable que nunca admiraremos lo bastante esa inmensa caridad de Dios, por la cual nos ha escogido por hijos. Él ha engendrado en la eternidad un Hijo parecido á sí mismo, que hace las delicias de su corazón, que llena completamente su amor, así como agota su fecundidad; y sin embargo, ¡oh bondad! ¡oh misericordia! ese Padre, teniendo un Hijo tan perfecto, no deja por eso de adoptar á los demás: la caridad que tiene para con los hombres, el amor inagotable que les profesa, hace que dé hermanos á ese primer Hijo, compañeros á ese único Hijo, y finalmente, coherederos á ese Hijo querido de su corazón; pero aun hacemos, y pronto lo veréis en el Calvario. No solo agrega á su propio Hijo otros que adopta por su misericordia, sino que, y esto sí que parece increíble, entrega su propio Hijo á la muerte, para dar la luz á sus hijos adoptivos. ¿Quién querría adoptar á ese precio, y dar un hijo por los extraños? Hé aquí sin embargo lo que hace el Padre eterno.

34. Y no soy yo quien lo digo; Jesucristo mismo nos lo enseña en su Evangelio. «Dios ha amado tanto al mundo, que ha dado por él su único Hijo.» (Joan. III, 16). Escuchad esto, hombres mortales; ved el amor que Dios nos tiene, y que es el principio de nuestra adopción. ¡Ah! ved al Hijo único de Dios entregado á la muerte, y mostraos vosotros hijos adoptivos, «á fin de que los que crean no

«perezcan, sino que alcancen la vida eterna.» ¿No estáis viendo claramente que el Señor entrega á su propio Hijo á la muerte para dar la luz á sus hijos adoptivos; y que esa misma caridad del Padre que le entrega, que le abandona, que le sacrifica, nos adopta, nos vivifica y nos regenera, como si, habiendo visto el Padre eterno que no se adoptan hijos mas que cuando no los hay verdaderos, su amor, mas que otro alguno ingenioso, le hubiera inspirado felizmente para nosotros ese designio de misericordia, de perder en cierto modo su Hijo para dar lugar á nuestra adopción, y de hacer morir á su único heredero para que nosotros participásemos de sus derechos? ¡Oh! Hijo adoptivo, y cuánto cuestas á tu eterno Padre!

35. Pero no creais que María haya salido mejor librada que Jesucristo. Ella es la Eva de la nueva alianza, y la Madre comun de todos los fieles; pero para esto es preciso que le cueste la muerte de su primogénito, es preciso que se una al Padre eterno, y que los dos, de comun acuerdo, entreguen su Hijo al suplicio. Por eso la divina Providencia la ha llamado al pié de la cruz; María va allí á inmolar á su verdadero Hijo: que él muera, á fin de que los hombres vivan. María va á recibir en la cruz nuevos hijos. «Mujer, dice Jesús, mira á tu hijo.» (Joan. XIX, 26). ¡Oh parto verdaderamente doloroso! ¡oh costosa fecundidad! Porque, ¿cuáles fueron los sentimientos de María cuando oyó la voz moribunda del último adios de su Hijo? No, yo no temo aseguraros que de todos los dardos que atraviesan su alma, este es sin duda el mas doloroso.

36. Ahora me acuerdo, cristianos, de que san Pablo, obispo de Nola, hablando de su parienta, santa Melania, á quien de una numerosa familia no le quedaba ya mas que un niño pequeño, nos pinta su dolor con estas palabras: «Ella tenia, dice el Santo, ese niño, resto desgraciado de una gran ruina, que, léjos de consolarla, no hacía mas que aumentar sus dolores, y parecía que le «había quedado para recordarla su duelo, mas bien que para reparar su pérdida:» *Unico tantum sibi parvulo, inventore potius quam consolatore lacrymarum, ad memoriam potius quam ad compensationem affectuum derelicto.* (Epist. XIX ad Sever. p. 180). ¿No os parece, cristianos, que estas palabras han sido dichas para representar los dolores de la divina María? «Mujer, dice Jesús, mira á tu hijo:» *Ecce filius tuus.* ¡Ah! este es, dice la Virgen, el último adios. Hijo mio, y ¿con este golpe me dejas? ¡Ah! ¿qué hijo me dais en su lugar? ¿Será preciso que Juan me cueste tan caro? ¡Un

hombre mortal por un Hombre-Dios! ¡Cruel y funesto cambio!  
¡triste y desgraciado consuelo!

37. Bien lo veo, ó divino Salvador, Vos no quereis consolarla sino para hacer sus dolores mas eternos. Su amor acostumbrado á un Dios, no encontrando en su lugar más que á un hombre mortal, sentirá mucho mejor lo que le falta; y ese hijo que Vos le dais parece presentarse siempre á sus ojos, más bien para echarle en cara su desgracia que para reparar su falta. Por eso vuestras palabras la matan, y al mismo tiempo la hacen fecunda. Sacan de sus entrañas á sus nuevos hijos con la cuchilla y el hierro, y rasgan su corazon con una violencia increíble, para que entre en él ese amor de madre que debe tener á todos los fieles.

38. Cristianos, hijos de María, pero hijos de sus dolores, hijos de sangre y de martirios, ¿podréis escuchar sin lágrimas los males que habeis ocasionado á vuestra Madre? ¿Podeis olvidar los gritos entre los cuales os da á luz? El Eclesiástico decia en otro tiempo: *Gemitus matris tuæ ne obliviscaris.* (Eccli. vii, 29). «No olvides los gemidos de tu madre.» Cristiano, hijo de la cruz, á tí es á quien se dirigen esas palabras: cuando el mundo te atrae con sus voluptuosidades, para desviar la imaginacion de esas delicias perniciosas, acuérdate de los lamentos de María, y no olvides jamás los gemidos de esa Madre tan caritativa: *Gemitus matris tuæ ne obliviscaris.* En las tentaciones violentas, cuando tus fuerzas están casi abatidas, y tus piés vacilan en el camino derecho, y la ocasion, el mal ejemplo ó el ardor de la juventud te arrastran, no olvides los gemidos de tu Madre: *Ne obliviscaris.* Acuérdate de las lágrimas de María, acuérdate de los crueles dolores con que has desgarrado su corazon en el Calvario, déjate enternecer al grito de una madre. Miserable, ¿cuál es tu pensamiento? ¿quieres levantar otra cruz para clavar en ella á Jesucristo? ¿quieres que vea María á su Hijo crucificado otra vez? ¿quieres coronar su cabeza de espinas, hollar con los piés á su vista la sangre del Nuevo Testamento, y con un espectáculo tan horrible renovar todas las llagas de su amor maternal? No quiera Dios, hermanos míos, que seamos tan desnaturalizados. Dejémonos conmover por los gritos de una madre.

39. Hijos míos, nos dice, hasta aquí nada he sufrido, tengo en nada todos los dolores que me han afligido en la cruz; el golpe que me dais con vuestros crímenes es el que verdaderamente me hierre. He visto morir á mi querido Hijo; pero como sufría por vuestra salvacion, no he tenido reparo en inmolarle yo misma; he be-

bido esta amargura con alegría. Hijos míos, creed en mi amor: me parece no haber sentido aquella herida, cuando la comparo con los dolores que me hace sufrir vuestra impenitencia. Sí, cuando os veo sacrificar vuestras almas al furor de Satanás; cuando os veo perder la sangre de mi Hijo haciendo inútil su gracia, convertir su cruz en un juguete con la profanacion de sus Sacramentos, y ultrajar á su misericordia abusando por tanto tiempo de su paciencia; cuando veo que añadís la insolencia al crimen, que en medio de tantos pecados despreciais el remedio de la penitencia, ó que la convertís en veneno con vuestras continuas recaídas, amontonando sobre vosotros los tesoros de la cólera y del furor eterno por el endurecimiento de vuestros corazones; entonces, entonces es cuando me siento herida en lo vivo; esto es, hijos míos, lo que me atraviesa el corazon, esto es lo que me arranca las entrañas.

40. Ved aquí, hermanos míos, si lo entendeis, lo que os dice María en el Calvario. Estos gritos, estas palabras son las que oiréis resonar en todos los ángulos de aquel monte, si os acercáis á él en estos santos dias. Yo os suplico que acudais á ese monte, durante este tiempo sagrado de la pasion: allí es donde la sangre y las lágrimas, los crueles dolores del Hijo, la compasion de la Madre, la rabia de los enemigos, la consternacion de los discípulos, los gritos de las piadosas mujeres, la voz de las blasfemias que vomitan los judíos, la del ladrón que pide perdon, la de la sangre que solicita misericordia, la de vuestros pecados que provoca la justicia, harán en vuestros corazones una impresion capaz de inspiraros todos los sentimientos que exigen de vosotros los grandes misterios que se realizan para vuestra redencion; y despues de haber recogido su fruto y de haberlos cumplido en vosotros, recibiréis la consumacion de ellos en la gloria, que á todos os deseo, etc. Amen.